

{ Este periódico sale los lunes, miér }
{ coles y viérnes de cada semana. }

{ Se suscribe en Madrid en la libre-
ria de Paz, frente a las gradas de
S. Felipe, á 36 rs. por trimestre. }

MIÉRCOLES 29 Marzo 1820.

(N.º 65.)

Su precio 8 c.tos

MISCELÁNEA

DE COMERCIO, ARTES Y LITERATURA.



Los Señores, cuya suscripción concluye en 31 de Marzo, se servirán renovar sus suscripciones, si no quieren experimentar retraso en la remisión de los números.

El señor don Gaspar Vigodet, capitán general de Castilla la Nueva, nos ha dirigido la siguiente carta.

Señores editores de la Miscelánea: Mui señores míos: en el apreciable periódico de ustedes he leído la esposición del Excmo. señor conde del Abisval, que ustedes han insertado en el número 62. Como S. E. quiera solo calificar su conducta, y apela al juicio del público para que decida sobre la mía, no creí debía hablar una sola palabra. El juicio recto é imparcial del público ilustrado no debe prevenirse, y son tan notorios los hechos, que no han menester adiciones ó elucidación alguna para que recaiga sobre ellos el fallo de los hombres de bien. La conducta de S. E. ¿quién la ignora? la mía ¿no la saben todos? Hay desahogos, señores editores, que es razonable permitirlos, y del prudente y experimentado es no responder baldones por injurias: no crean ustedes que es pusilanimidad, ó que hecha paz con mis deseos, me olvide de mis años juveniles; mi honor le he conservado siempre ileso, y nadie le ha retado hasta ahora impunemente. S. E. el general conde del Abisval me conoce demasiado, y solo me ha desconocido porque desea que le conozcan todos.

No creí, pues, necesario ocupar á ustedes privándoles de sus importantes tareas para ilustrar al público, y por eso he callado hasta hoy, gozoso en saber que se me había hecho justicia por mis compañeros de armas, y que los sabios é ilustrados patriotas habían hecho también una juiciosa crítica de la esposición del señor conde. Pero como no todos ven de un mismo modo, y es condición de los hombres tener cada uno sus amigos, es justo que el público sepa qué razones tuve para dirigir la proclama á cada uno de los señores gefes y oficiales del regimiento imperial Alejandro, sin oficiar á S. E. como deseaba. El 11 del corriente recibí por el ministerio de la Guerra la real orden que copio. «Excmo. señor. Habiendo jurado el Rey la constitución política de la monarquía promulgada en Cádiz en 19 de Marzo de 1812, deben ya cesar todos los partidos que han existido en la nación, y de consiguiente quiere que V. E. por los medios que le parezcan mas adecuados, haga saber á los oficiales y tropas que existen en esta provincia de Castilla la Nueva, y no recono-

cen la autoridad de V. E. que no existiendo haya mas que un ejército español, y no habiendo ya en la nación división alguna por razón de opiniones, deben todos reunirse á sus banderas; en el concepto de que S. M. olvida todo lo pasado, siempre que así se verifique, y de lo contrario recaerá sobre ellos la odiosidad de la nación, y serán responsables á la misma de la sangre que se derrame por dicha causa, pues ya no debe haber mas que un mismo interés en todos los militares del ejército español, que es el bien general y engrandecimiento de su patria. De real orden lo comunico á V. E. para su inteligencia, gobierno y cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Palacio 11 de Marzo de 1820. = Alos. = Señor capitán general de esta provincia.»

Que no debía dirigirme al Excmo. señor conde del Abisval es sobradamente conocido, así como lo es que no debía omitir nada de cuanto contenia la dicha real orden. No debía dirigirme el 12 á aquel general, ya porque no estaba á mis órdenes, y ya porque cierto de los célebres acontecimientos del 7 y del 8, debí suponer que habría dejado un mando que acaso pudo autorizarle la necesidad de momentos; y que si amigo del orden, de la felicidad de su patria, de la observancia de la constitución que publicó el 4, y amante del Rey de cuyas benéficas manos recibió tantos favores, debió en el acto regocijarse por la magnánima y justa decisión de S. M. (en la cual me glorió haber tenido gran parte), y cesar en las disposiciones que tuvo á bien tomar antes que se declarara la voluntad de S. M. ¡Ojala que S. E. no hubiera dado tantos motivos de sospecha, ó que todas sus proclamas, escritos y órdenes fueran como la proclama que denuncia! Mas::: pasaron aquellos días de luto, de amargura y de lágrimas, y yo no quiero recordar esperanzas malogradas, ni algunas víctimas inmoladas al engaño, porque estoy cierto de que no se han olvidado aún las aciagas ocurrencias de julio último; ni quiero tampoco vanagloriarme de no haber oprimido, ni sido causa que se oprima á ningún ciudadano. Si muchos me hacen elogios, esa recompensa es tanto mayor, cuanto que no habrá en pos de ellos quien impregne mi nombre por haberle causado el menor mal.

El Excmo. Sr. conde ha creído también que haciendo juicio de solas voces, se hace juicio del patriotismo: ¿Cuántas podría yo citar de S. E. si quisiera tener la efímera satisfacción de que por ellas el público juzgara del acendrado patriotismo del señor conde? pero como subrayó la mía del oficio dirigido al gobernador de Ocaña, responderé de ella sola, sin recordar las de S. E. que no se maridan bien con nuestra sabia constitución. Si han tenido momentos de extravío, dije, y dije bien, porque extravío no significa error solamente, sino desorden, y es harto público que se pudieron cometer algunos, y que, si disculpables porque fuesen de momentos, no dejarían por eso de ofender á los pueblos, dando lugar á las quejas de éstos. Debo sin embargo hacer justicia al regimiento imperial Alejandro y á las demás tropas de la división, pues que posteriormente he recibido avisos de su digna comportación y de su exacta disciplina, haciéndose acreedores al reconocimiento de la nación todos sus individuos, y á mi gratitud como su jefe y compañero de armas.

Dirigí el predicho oficio al gobernador de Ocaña con las prevenciones que se leen allí, y no me arrepentí de haber tenido esa previsión, porque si juzgaba que el señor conde debió dejar su mando, supe al día siguiente que aún le conservaba, y que entorpeciendo la correspondencia pública, daba indicios de no conformarse con la sabia y justa decisión de esta heroica villa y valiente guarnición. Sabía S. E. que se había publicado el 9 la constitución, según los avisos que recibieron todas las autoridades; sabía nuestro júbilo y regocijo, y sabía que en nada se había alterado el orden al cambiar nuestras instituciones; y sin embargo S. E. retrasaba la correspondencia del mediodía. ¿Qué podríamos inferir? S. E. habla de intenciones; ni yo las culpo, ni las pude interpretar, porque no se sirvió revelárnelas.

Tal confianza tengo, señores editores, de mi conducta pública, que no he recelado se tache jamás. Conocida mi probidad, no habrá un solo ciudadano que recela infringir el juramento que he prestado de guardar la constitución política de la monarquía; fiel á mi patria y á mí mismo, sabré defender la libertad santa que hemos recobrado, con la dignidad, juicio y madurez que me son geniales; obras y no palabras califican mi conducta desde muy joven. Aquellas, pues, responden de mis servicios por la causa pública.

He dicho lo suficiente para que conozcan todos que el Excmo. señor conde del Abisval se quejó sin motivo, y que me ha provocado á esta lid, cuando yo no juzgaba sus operaciones, porque no era de mi atribución. Conozca S. E. que omito hablar de algunos de los periodos de su esposición á ustedes, porque reposo en la opinión pública, y porque sé, que no se ha dado el sentido á ellos, que tal vez intentó el señor conde, sino el que deben tener, cuando se habla de mi honradez.

Basta ya, señores editores, ruego á ustedes se sirvan insertar en su apreciable periódico esta carta, y al compararla los lectores con la

del número 62, formarán el juicio imparcial que es tan común entre nuestros amados compatriotas. Ninguna otra remuneración me importa tanto como el fallo de los hombres sensatos, que no saben dar lugar á las pasiones.

Soy de ustedes atento servidor y apasionado Q. S. M. B. Madrid 25 de Marzo de 1820. Gaspar Vigodet.

La gaceta del Piamonte trae un decreto real del 25 de Febrero, por el cual crea S. M. Sar- da una junta consultiva de legislación, compuesta del abogado general Gloria, del fiscal Montiglio y del consejero Ceresa, encargados de la reforma del código. El preámbulo del decreto expresa que las grandes variaciones que han experimentado de 50 años á esta parte todos los ramos del servicio público, han hecho al Rey pensar en aplicar al sistema legislativo las mejoras y alteraciones cuya utilidad ha revelado la experiencia. Con fecha de 3 de Marzo se anunció este nombramiento al consejo supremo de Cerdeña y á todos los magistrados del reino, y se exortó á las autoridades á que auxiliasen á la junta con sus luces.

Así, hasta el gobierno sardo, que con el de Hesse-Cassel, y el nuestro de antes del 7 de Marzo, podía componer un triumvirato estupendo, pensaba en mejorar la suerte de los pueblos, reformando su código judicial, y á nosotros, que sin duda teníamos mucha mas necesidad, jamás se nos había ocurrido remediarla. Es verdad que ha muy pocos meses que se ordenó hacer aquí otro tanto. Pero ¿qué diferencia entre el decreto sardo y el español? Allí la comisión está dada á tres de los primeros magistrados, que en seis meses ó un año podrán acaso concluir su trabajo, y aquí se dió á un consejo numerosísimo, y sobrecargado de cien mil atribuciones incompatibles; de modo que á ser posible que durasen por mas tiempo nuestras góticas instituciones, es regular que nuestros hijos hubiesen oído decir que se empezaba á formar el expediente de código, el cual, yendo las cosas muy de prisa, se hubiera quizá acabado á la octava ó décima generación. Por lo demás, no hablemos del estilo de nuestro decreto de códigos. ¿Cómo hubo quien se atreviese á presentar á la firma del Rey de España tal colección de trivialidades, divagaciones é imperitencias? El del Rey de Cerdeña, sobre contener disposiciones ejecutables, está escrito por quien sabe escribir.

De una ciudad importante de Navarra nos escriben lo siguiente:

Nosotros somos quizá entre todos los españoles los que menos ganamos en el nuevo orden de cosas, proclamado por el real decreto del 7, pues protegidos por nuestros fueros, estábamos mas al abrigo de la arbitrariedad y del desorden, que afligia al resto de la monarquía; pero sin embargo ganamos bastante para felicitarnos de los prodigiosos acontecimientos de estos días últimos. Por de contado desde hoy desaparecen las absurdas, humillantes y monstruosas inseculaciones, que eran unas sentencias por las cuales declaraban ciertos jueces los sujetos que en cada pueblo

eran dignos de entrar en suerte para ocupar los empleos de república. Esta prerrogativa se vinculaba en las casas, y las que la gozaban hacían toda clase de esfuerzos para escluir á los individuos que nuevamente aspiraban á ella, limitando así á un corto número de familias el privilegio de mandar á las demas, y reduciendo el gobierno de los pueblos á una oligarquía destructora. Para esta oligarquía no había por lo comun otro título de recomendacion mas que la alcurnia, y hombres de muchas luces, y capaces de gobernar una provincia, eran escludidos con desden del gobierno de una aldea, porque su padre había sido un hombre humilde. Hidalgos rancios sin una idea en su cabeza, y con una vanidad tan ridícula como era profunda su ignorancia, eran los únicos á quienes estaba concedida la facultad de dictar leyes á hombres dignos de este glorioso título.

Á mas de esto, privilegios estravagantes concedidos á ciertas localidades, destruían el cultivo ú la industria del territorio contiguo, donde á veces se derramaba el vino por no haber quien lo quisiera á 2 reales, mientras que á dos leguas se estaba vendiendo á 15. Leyes bárbaras fijaban en algunas partes el precio de los jornales, y sumían así la clase trabajadora en una perpetua y desesperante indigencia. En unas partes se obligaba á los labradores á vender sus frutos en parajes determinados, en otras se exigían de las ventas derechos de corretaje, alcabalas y otros varios, en muchas en fin continuaba el estanco de casi todos los artículos de primera necesidad, cuyo recargo pesaba particularmente sobre el pobre, y que el rico tenía mil medios de eludir. Gloria, honor á la constitucion, que uniformará completamente el sistema, y que hará iguales á todos los hombres delante de la ley.

Hemos visto una nueva carta de Zamora, en que se encarece el mal espíritu de aquella ciudad, cuyos sencillos y religiosos habitantes no osan manifestar los sentimientos de su corazon, aterrados por el ascendiente y la influencia clerical. Esta ha llegado al punto de haberse nombrado por las parroquias un concilio para la eleccion del ayuntamiento constitucional. El 21 no habían jurado la constitucion ni el obispo ni los clérigos, ni se había puesto ni se trataba de poner la lapida. En los partidos del Pan, del Vino y de Sayago no sucedía lo mismo; pues los labradores ricos son por lo comun gente educada en Salamanca, suscritos á todos los periódicos, y dispuestos á defender el regimen constitucional á todo trance.

Las cartas que hemos recibido de Valladolid con fecha del 22 se esplican en términos muy contradictorios. Unas deploran la cesacion de la junta popular que digimos haberse creado en aquella capital, y otras pretenden que esta cesacion ha sido efecto necesario y constitucional de la instalacion de la junta provincial. En medio de esta divergencia de opiniones, hubo alguna inquietud en la noche del 21, en la cual se mando poner sobre las armas á los granaderos provinciales y al regimiento de caballería del Infante. Segun unas cartas se hizo este movimien-

to á consecuencia de haberse oído gritos sediciosos, y segun otras se atribuye á intenciones sospechosas de parte de la autoridad. En la ciudad parece que había algo de disgusto.

El 7 ú 8 de Marzo hizo embarcar el general Castaños en Barcelona á ocho oficiales que estaban presos por resultas de la causa del general Lacy, y los remitió á Cartagena. Al llegar encontraron publicada la constitucion, y con este motivo escribieron el siguiente papel. «Ciudadanos de Cartagena: ocho víctimas del aciágo sistema que desolaba á la madre patria arribaban á vuestros muros para ser sepultados en los calabozos mas profundos, ó para perecer, quizá, bajo la cuchilla que ha robado á la nacion tantos dignos patriotas.

El haber arrostrado decididamente todos los riesgos por restaurar los derechos del pueblo, y ser fieles al juramento que nos ligaba á la sagrada carta constitucional, era el crimen que los fautores del despotismo no podían perdonar, y que nos arrancaba de Barcelona. Vuestra heroica resolucion ha sido la que ha asegurado nuestra suerte, y la que ha reservado nuestros brazos ya probados, para ser todavía útiles á la causa nacional. Los gobernantes de Cataluña en las agonías de su despotico mando habían dispuesto ya de nuestra libertad cuando entrábamos en vuestro puerto; pero solo vuestro patriotismo nos la ha garantido. ¡Ay de nosotros si el fuego santo que os inflama no hubiese estallado!

El haber prevenido las disposiciones de la capital ha sido vuestra gloria, y era lo único que formaba nuestra esperanza. Nosotros nos creemos en la obligacion de demostraros nuestro reconocimiento, y de publicar la satisfaccion que en vuestro seno hemos encontrado, y la patriótica acogida que os hemos debido. Al mismo tiempo no dudamos que os regocijareis de saber con la certeza que lo podemos afirmar, que las disposiciones del pueblo catalan esceden aún, si es posible, á lo que su nombre promete. *Morir, ó asegurar la libertad constitucional*, es el voto unánime de aquel millon de habitantes; y creed que no faltarán á su resolucion.

Aquella provincia organizará inmediatamente la milicia nacional, que es el apoyo incontrastable de las nuevas instituciones, y este ejemplo no debeis desperdiciarlo. Que todo español útil enarbole la divisa nacional, y al empuñar la pica, repitamos todos el dulce lema de union que el eco envia desde los Pirineos; ¡La constitucion ha harmonizado las familias de la península!

Ciudadanos: el interés de la patria no nos permite detenernos entre vosotros; pero estad ciertos de que jamas olvidaremos que en este recinto donde aguardábamos el patíbulo, ha sido donde hemos podido gritar por primera vez, **VIVA LA CONSTITUCION.** Francisco Díaz de Morales. = Francisco de Oliver. = Andrés Robledo. = Gabriel Fluger. = José Manuel Perez. = José Moreno. = Cristóbal Frizzy. = Pedro Moulin. Cartagena 18 de Marzo de 1820. (Año 1º de la restauracion.)»

Tenemos á la vista la exhortacion pastoral, que con fecha del 15 dirigió el señor D. Pablo de Schar, obispo de Barcelona, á los fieles de su diócesis. Este papel no llama la atención por la pompa de las imágenes, por la armonía de los periodos, ni aun por la pureza de la expresión; pero brilla por la exactitud de los pensamientos, por el tono de franqueza candorosa, de persuasión dulce, de convicción íntima y de unión celestial que reina en todo él. Venerable prelado, recibid con benevolencia este homenaje solemne que tributamos á la nobleza de vuestros sentimientos, y á vuestra sumisión á las leyes. Si todos os imitasen en dulzura y moderación, no temeríamos ver las teas de la discordia agitarse en derredor de nosotros, y la España formaría ya una gran reunión de hermanos. Vuestra pastoral mitiga el desconsuelo que nos causa el ver á ministros imprudentes de un Dios de paz sembrar clandestinamente la desconfianza, y estraviar perfida ó neciamente la opinión; pero por mas que se disfracen ó se oculten, los alcanzará tarde ó temprano la ley que zela sobre ellos, en tanto que á vos obediente á las potestades, como un digno sucesor de los discípulos de Jesús, no os aguardan sino testimonios públicos de respeto, y las bendiciones y gratitud de la patria.

Entre las cartas que recibimos diariamente, hay algunas que denuncian abusos ó descuidos de la administración, que por falta de claridad de las cartas mismas, no podemos nosotros aventurarnos á revelar. Los que deseen que insertemos sus comunicaciones en ese sentido, se servirán concebirlas en términos precisos, fecharlas y firmarlas, sin cuyo requisito nos veremos en la necesidad de no hacer uso alguno de ellas.

Señores Editores: He visto algunas revoluciones: he presenciado varias escenas horribles dimanadas de ellas, y en los momentos en que el fanatismo, la venganza y el desorden daban margen á toda clase de delitos he sido por tres veces el blanco de un pueblo desenfrenado; pero nunca pude creer que se verificase asesinatos como los últimos de Cádiz. No debo detenerme en persuadir á ustedes de lo enorme del caso, pues ustedes y la nación entera lo están, y el gobierno ha tomado las disposiciones convenientes para descubrir y castigar á los motores de aquel implacable delito; pero como amante de la humanidad y admirador del heroísmo, creo de mi deber proponer á ustedes que se unan conmigo para pedir á nuestro gobierno, que á fin de hacer menores en algun modo las funestas consecuencias de aquel atroz atentado, mande:

1.º Que á todas las viudas pobres que lo fuesen de resultas de los aciagos días 10 y siguientes de este mes, se les asigne la pensión de los 3 reales que concedió S. M. á las de los defensores de la patria, muertos en el campo del honor.

2.º Que las hijas de aquellos entren en el sorteo del dote señalado por las Cortes en cada una de las extracciones de la lotería primitiva.

Este es el voto de su mas apasionado suscriptor
F. M. E.

Acabamos de leer los últimos periodicos franceses, y el espanto de que nos han llenado hace temblar en nuestras manos la pluma, que no sabemos si podrá trasladar al papel una parte de la indignación de que estamos poseídos. Treinta millones de franceses acaban de ser entregados por una ley, á

disposición de un Mr. Pasquier, actual ministro de relaciones exteriores, y prefecto de policía bajo el régimen imperial. Esa gran nación, que durante 30 años derramó su sangre por la libertad y por la gloria, esa Francia que debe á sus instituciones liberales la opulencia inconcebible de que goza, esa ha sido sacrificada el día 15 de Marzo á las declamaciones furibundas, al éngorgumenismo feudal, al orgullo insensato de un puñado de antiguos nobles, con los cuales se había unido un ministerio desacreditado, para poder conservar por algunos dias mas su efímera existencia. Los señores Benjamin Constant, Manuel, Mechin, Courcelles, Foy, Demargui y otros varios, cuyos nombres se inscribirán algun dia con letras de oro en los fastos de la libertad, han combatido con las armas irresistibles de la razón y de la elocuencia, la bárbara y abominable ley que autoriza á tres ministros á encerrar por el tiempo de su voluntad á los indiciados de conspiración ú atentados, es decir, á todos los que se opongan á sus caprichos, sin hacerlos juzgar ni aun dar parte á los tribunales; pero los esfuerzos de estos respetables campeones de los principios han sido inútiles, pues la razón y la elocuencia son armas de ningún poder contra la execrable gavilla de fanáticos, que sedientos de la sangre de sus compatriotas, provocan una reacción que los restablezca en sus derechos feudales, y obligue á sus vasallos á apalear por las siestas el agua de los fosos de sus alcázares, para que los chillidos de las ranas no interrumpen su sueño pacífico. ¡Insensatos! No saben que ellos deben ser las primeras víctimas de esa reacción que provocan, y que pasaron ya para siempre los tiempos desgraciados en que las ejecutorias valían mas que los talentos, y la vanidad fatua mas que la modestia ilustrada. Mas ellos lo aprenderán bien á su costa; y si el heroísmo español lanzando en 1808 el grito santo de libertad, contribuyó en gran manera á derrocar el primer imperio de la tierra, este mismo grito, repetido doce años despues con un entusiasmo, de que solo pueden formar idea las almas generosas, hundirá en el polvo á esos ministros enemigos de su patria, pagados quizá para entregarla con sus leyes atroces á una anarquía que destruya su prosperidad, y calme los temores que ésta inspira á sus enemigos. Si, constitucionales franceses; rendidos al peso de nuestras cadenas, la agresión perfida del gefe de la Francia nos hizo antes sacudirlos, y el mundo libre bendijo nuestros esfuerzos y colmó de elogios nuestros sacrificios. Hoy la opresión interior llevada hasta la impudencia y el escándalo nos ha hecho despertar de nuevo de nuestro letargo, para no volver jamas á él. Nuestros gritos resonarán de hoy mas en la cámara de vuestros diputados, donde facciosos insolentes no sofocarán con vociferaciones escandalosas los principios augustos de orden y de seguridad pública, proclamados constante y enérgicamente por vosotros. Si los enemigos de esos principios citan algun dia el ejemplo de la Inglaterra, esclavizada hoy tambien por leyes de escepcion, citad vosotros el nuestro, y apoyados en él, confundid al que ose preconizar la arbitrariedad ó la opresión. De aquí á cuatro meses lo mas tarde, todo el nuevo emisferio proclamará como hoy nosotros, sin que se lo estorben fanáticos, los nombres de libertad, patria y virtud; y libertad, virtud y patria repetirá en la Europa el eco, que aterrará á esos fautores sordidos del despotismo, á esos espíritus de tinieblas, agentes de miseria y de opróbrio, dignos de la execración de todas las edades y de todos los hombres.

Mañana daremos un suplemento.

En la oficina de D. Francisco Martinez Dávila, impresor de Cámara de S. M.